
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TRABAJO FINAL DE GRADO



Proceso de Desarrollo del Pensamiento en el Bebé:
0 a 12 meses.

ESTUDIANTE: María Verónica Nin Márquez - C.I: 2. 570.749-5

DOCENTE TUTOR: Prof. Verónica Cambón Mihalfi

Montevideo, Uruguay 30 de octubre de 2015.

INDICE

	RESUMEN	3
	INTRODUCCIÓN	4
1.	POR QUÉ LA IMPORTANCIA DEL PRIMER AÑO DE VIDA.	5
	1.1. DESARROLLO BIOLÓGICO.	5
	1.2. DESARROLLO PSÍQUICO.	8
	1.3. SOCIALIZACIÓN.	9
2.	POR QUÉ LA IMPORTANCIA DE LA INTERSUBJETIVIDAD MADRE-BEBÉ.	10
3.	ENCUENTRO MADRE-BEBÉ.	12
	3.1. CONSTRUCCIÓN DE LA MATERNIDAD.	12
	3.2. CUANDO UN BEBÉ LLEGA AL MUNDO.	14
	3.3. CÓMO SE DA ESE ENCUENTRO.	15
4.	PROCESO DE DESARROLLO DEL PENSAMIENTO.	17
	4.1. SER PENSADO, COMO CONDICIÓN NECESARIA PARA PODER PENSAR.	17
	4.2. LA PRIMER NECESIDAD: SER SOSTENIDO.	18
	4.3. EL RITMO.	21
	4.4. LA SORPRESA.	23
	4.5. INTERJUEGO PRESENCIA-AUSENCIA.	24
	4.6. MACRORITMOS Y MICRORITMOS.	26
	4.7. LA CONSTITUCIÓN DEL SELF A PARTIR DE LA MIRADA DEL OTRO.	27
	4.8. INTEGRACIÓN SENSORIAL.	29
5.	CONDUCTAS OBSERVABLES EN EL BEBÉ QUE PONEN DE MANIFIESTO LOS AVANCES DEL PROCESO DE DESARROLLO DEL PENSAMIENTO.	32
6.	CONCLUSIONES	36
7.	BIBLIOGRAFÍA	38

RESUMEN

En este trabajo se busca profundizar en el proceso de desarrollo del pensamiento en el bebé durante el periodo comprendido entre 0 y 12 meses. Siguiendo la línea de los autores seleccionados se hace hincapié en el vínculo madre-bebé, desde el momento de la gestación, considerándolo como elemento estructurador del psiquismo y por lo tanto como posibilitador del despliegue de sus capacidades innatas.

En primer lugar se analiza la trascendencia del primer año de vida, momento en el cual el bebé atraviesa grandes y profundos cambios

Seguidamente se analizan las características particulares que presenta cada miembro de la díada y como se da el encuentro entre ambos.

A través de las diferentes etapas del desarrollo del bebé y en interacción con su madre, se detallan los procesos que son imprescindibles para alcanzar la simbolización.

Finalmente, se hace un recorrido por algunas de las conductas observables en el bebé que van dando cuenta de la maduración neurológica y de los avances en el proceso de la capacidad de pensar.

Palabras claves: desarrollo del pensamiento, vínculo madre-bebé, simbolización, intersubjetividad, vínculo temprano.

INTRODUCCIÓN

*“Sólo al ser creativo el individuo se descubre a sí mismo.”
Donald Winnicott*

La presente revisión bibliográfica tiene como objetivo profundizar en el proceso de desarrollo del pensamiento en el bebé en su primer año de vida, desde la normalidad.

Tomaremos como referencia teórica a algunos autores que han hecho su aporte a los procesos tempranos del desarrollo humano desde la teoría psicoanalítica, tales como: D. Winnicott, S. Freud, W. Bion, R. Spitz, D. Stern, D. Marcelli, S. Lebovici, Larbán Vera, V. Guerra, entre otros.

La elección de esta temática se acompaña de un recorrido académico en el área de Psicología del Desarrollo Humano - Facultad de Psicología, junto con un interés personal en lo concerniente a los procesos evolutivos en el niño pequeño y en especial en el bebé.

Elegimos como tema de análisis para la presentación del Trabajo Final de Grado los orígenes del pensamiento en el bebé, porque consideramos que un adecuado desarrollo de la capacidad de pensar, será condición indispensable para la realización de todo futuro proyecto de vida y por lo tanto para el logro de la autonomía de acción.

De esta manera partimos de una pregunta sencilla, pero que a lo largo del proceso se fue complejizando: ¿el bebé piensa?, y si lo hace ¿cómo piensa?, ¿cómo va adquiriendo su capacidad de pensar?, ¿qué procesos son imprescindibles para que el bebé alcance un adecuado desarrollo del pensamiento?

La lectura de los diferentes autores nos fue marcando el camino.

Para intentar responderlas, en primer lugar analizaremos por qué el primer año de vida es concebido como una etapa fundamental en el proceso de desarrollo bio-psico-social del niño.

En segundo lugar, consideramos que para que pueda haber un adecuado desarrollo de la personalidad humana, debe existir un espacio en el cual pueda configurarse.

Dado el estado de indefensión que presenta el bebé al nacer, pensamos que ese espacio tendrá lugar en la íntima relación con su madre, acompañándolo en cada una de las etapas evolutivas.

Como el vínculo madre-bebé reviste características sumamente particulares lo analizaremos tomando en cuenta, primeramente, el proceso de construcción de la idea de ser madre y luego las características específicas del bebé en su incipiente conocimiento del mundo, para luego analizar cómo se da el encuentro entre ambos.

Seguidamente profundizaremos en cómo el bebé va desarrollando su capacidad de pensar a lo largo de su primer año de vida, tomando como eje de reflexión el postulado que manejan los autores mencionados y que refiere a que el pensamiento se organiza a través de la interacción madre-bebé.

A lo largo de este trabajo utilizaremos el término “madre” para referirnos a todo aquel que cumpla la función materna y que sea para el bebé su cuidador principal, pudiendo existir consanguinidad o no.

Asimismo utilizaremos el término “bebé” para referirnos a bebés tanto de sexo femenino como masculino.

1. POR QUÉ LA IMPORTANCIA DEL PRIMER AÑO DE VIDA

“Si el bebé llama tanto la atención, si él moviliza tanto afecto y también tanta inquietud, es porque es portador de un proyecto a largo término.”

Bertrand Cramer

El período de 0 a 12 meses de vida es concebido como un momento fundante para el desarrollo del niño porque es cuando, en estrecha relación afectiva con un otro significativo, se establecen las bases bio-psico-sociales para su construcción como ser humano y para el pleno desarrollo de sus potencialidades.

Las experiencias vividas en este período temprano de la vida no son evocables, sin embargo persisten en cada ser humano como huella imborrable de ese vínculo singular con el otro.

Winnicott (1991) afirma que “gran parte de la evolución tiene lugar en etapas posteriores, pero sólo cuando existe un buen comienzo todo lo que se realiza en las etapas posteriores puede ser efectivo.” (p.31)

El primer año de vida es a su vez un período de inmadurez y de gran plasticidad, en el que el bebé experimenta cambios bruscos y donde el aprendizaje y la necesidad de adaptación al mundo son constantes. En él se establecerán las primeras inscripciones psíquicas y conexiones neuronales, así como también constituirá el origen de su futuro desempeño social y se pondrá en juego el mundo de las emociones; procesos amplios y complejos donde será de vital importancia el acompañamiento que reciba en cada una de las etapas que vaya transitando.

Podríamos decir siguiendo a Spitz (1979) que “las relaciones afectivas entre madre e hijo abren el camino a cualquier otro desarrollo durante el primer año de vida. Se establecen así las bases de las relaciones objetales que permitirán la iniciación de las relaciones con las cosas” (p.44)

El ambiente facilitador y las rutinas de cuidado que se construyen en el día a día y que pautan una relación de apego, junto con lo innato de cada bebé, será esencial para que pueda ir adquiriendo la madurez propia de cada etapa, integrar su cuerpo y su psiquismo, lograr la diferenciación con respecto a su madre y el mundo exterior, crecer y desarrollarse.

1.1. DESARROLLO BIOLÓGICO

El bebé en su primer año de vida experimenta múltiples cambios desde el punto de vista biológico. Sin embargo dada la temática de este trabajo haremos hincapié, exclusivamente, en el desarrollo de las funciones cerebrales y su relación con el desarrollo de las capacidades cognitivas y afectivas, concibiendo a este proceso absolutamente dependiente de la calidad de la interacción con su madre y con su entorno como posibilitador del despliegue del potencial genético innato.

Para ello, como forma de acercamiento teórico, tomaremos los aportes del psiquiatra estadounidense Daniel Siegel (2007) y del psiquiatra español Larbán Vera (2012).

Para Siegel (2007) la mente se crea entre los procesos neurofisiológicos y las experiencias interpersonales.

Define al término "mente" como el conjunto de recursos físicos, biológico-neurológicos y psíquicos que forman un sistema y que sustentan en el organismo viviente humano los procesos de detección de información y la elaboración de las respuestas adaptativas al medio en la forma específicamente humana.

Por lo tanto el planteo de Siegel hace referencia a que la mente no se crea de un cerebro aislado, sino que ese flujo de energía e información se crea entre el cerebro del individuo y lo interpersonal, es decir, entre dos o más cerebros que interactúan entre sí.

El ambiente de seguridad y protección, posibilita el desarrollo de un complejo conjunto de interconexiones entre diferentes aspectos del cerebro y va permitiendo el despliegue de las potencialidades genéticas del bebé.

En la misma línea, Larbán Vera (2012) plantea:

El desarrollo psíquico y cerebral del ser humano es el resultado de la interacción entre lo genético-biológico-constitucional y el entorno psicosocial y socio-cultural en el que vivimos. El material genético contenido en los genes, se activará, se expresará, se manifestará, y se hará visible o no, en función de la interacción con el medio. (p.3)

A su vez ambos autores coinciden en la importancia del estímulo que el medio le proporcione al bebé en la formación, desarrollo y conexión de las redes neuronales:

Durante el desarrollo fetal el ser humano crea muchas neuronas más de las que necesita...Las redes neuronales que no se utilizan durante mucho tiempo pierden su función y mueren. La desaparición de redes neuronales no utilizadas se hace en beneficio de otras redes neuronales que se desarrollan más al ser más utilizadas. Vemos que la estimulación del entorno, según sea la adecuada o no, puede facilitar o impedir no solamente el desarrollo psíquico de una función determinada en el niño, sino también, el desarrollo de las redes neuronales encargadas de esa función. (Larbán Vera, 2012, p.6)

En este sentido es importante destacar que el desarrollo de estos procesos fisiológicos a nivel cerebral habilitará luego el desempeño de todos los procesos mentales que se elaborarán a partir de lo que el bebé vaya experimentando a través de los sentidos:

El desarrollo del cerebro requiere de formas específicas de experiencia para dar origen y promover el crecimiento de los circuitos neuronales involucrados en los procesos mentales tales como la atención, la memoria, la emoción y la auto-reflexión. Es condición necesaria la interacción adecuada con los adultos cuidadores, para lograr el desarrollo de las estructuras nerviosas responsables de estas funciones en el niño pequeño. (Larbán Vera, 2012, p.6)

1.1.1. PLASTICIDAD NEURONAL

Hasta casi finales del siglo pasado se consideraba al cerebro como una estructura rígida, estable, con poca capacidad de modificación, por lo que no se planteaba la posibilidad de llevar a cabo estimulaciones externas ambientales para modificarlo; sin embargo ahora se sabe que el cerebro cuenta con una gran plasticidad y que es permeable, modificable y dinámico.

La plasticidad cerebral es la capacidad de las células nerviosas para regenerarse anatómica y funcionalmente, como consecuencia de estimulaciones ambientales y que les permite una mayor capacidad de adaptación o readaptación a los cambios externos e internos, aumentar sus conexiones con otras neuronas y hacerlas estables como consecuencia de la experiencia, el aprendizaje y la estimulación sensorial y cognitiva. El objetivo es conseguir una mejor adaptación funcional al medio ambiente. (Siegel, 2007)

Este proceso depende principalmente del tipo de estimulación que el niño reciba por parte de su entorno. De acuerdo a esto, podemos decir que el cerebro produce respuestas más complejas en cuanto los estímulos ambientales son más exigentes. (Larbán Vera, 2012)

1.1.2. NEURONAS ESPEJO

Un concepto importante para poder entender más a fondo la influencia de las relaciones interpersonales en el desarrollo y funcionamiento cerebral y en el establecimiento de un vínculo empático entre los seres humanos, es el mecanismo neurofisiológico de las “neuronas espejo”. Se ha visto que este sistema de redes neuronales juega un papel fundamental en la acción, la comprensión y la imitación:

Las neuronas espejo se activan cuando el sujeto ejecuta una acción con una meta determinada y cuando observa la misma acción realizada por otro. Se activa tanto cuando se visualiza como cuando hay una representación de la acción. Al observar una acción hecha por otra persona, se codifica en términos visuales, auditivos y sensoriales y se realiza en términos motores. (Larbán Vera, 2012, p.10)

Vemos entonces que la característica particular de estas neuronas es que se activan en el observador como si estuviera realizando la misma acción que el observado. De esta forma es posible detectar y compartir las emociones con los otros y sentirlas como propias, desde etapas muy tempranas de la vida. Esto sería para algunos autores la cuna biológica de la empatía.

El medio ambiente que rodea al bebé y las acciones que lleven a cabo las personas cercanas a él cobra singular importancia ya que como dice Larbán Vera “es un sistema que nos hace resonar emocional y cognitivamente con el otro”. (Larbán Vera, 2012, p.10)

1.1.3. MEMORIA

La memoria es una de las funciones cognitivas que se desarrolla más tempranamente en el bebé. Se trata de un proceso complejo que abarca lo neurológico, lo psíquico y lo cognitivo. Podemos decir que desde el nacimiento la comunicación establecida con la madre a nivel afectivo, desde lo corporal, dejará una huella mnémica en el psiquismo y en el sistema neuronal del bebé.

Durante los primeros 18 meses de vida el tipo de memoria operante es el de la memoria implícita.

La característica fundamental de esta memoria es que registra y almacena la información de un modo no consciente, sólo se tiene la experiencia de la conducta, de la emoción o de la percepción con que se vivió la experiencia y a su vez no puede expresarse verbalmente.

En los primeros años, las experiencias de la vida cotidiana producen modelos mentales de memoria implícita y el aprendizaje posterior se realiza a partir de esos modelos. (Siegel, 2007)

Tengamos en cuenta que el bebé va recibiendo la comunicación proveniente de su entorno a través de los sentidos, y esas vivencias son las que irá almacenando en su memoria sin tener conciencia de ello. Memoria y emociones quedan íntimamente ligadas en este periodo de la vida.

Por lo tanto vemos como la interacción del bebé con su madre y con su entorno, desde las etapas más tempranas, tienen una influencia decisiva en el desarrollo cerebral y en consecuencia en el desarrollo de las capacidades cognitivas, ligadas a la emoción con que se vivió esa experiencia, y es imprescindible destacar la importancia que estos sucesos tienen en la vida futura de cada ser humano.

1.2. DESARROLLO PSÍQUICO

Spitz (1979) marca el primer año de vida como el período más plástico del desarrollo humano, se nace con un mínimo de conductas conformadas y se van adquiriendo muchas y variadas habilidades en cada una de las etapas que componen este período, lo que implica una continua adaptación a los cambios.

Considera tres puntos importantes:

- A. La impotencia del recién nacido: debido a su inmadurez física y psíquica se hace indispensable la presencia y el aporte del otro para su constitución como ser humano.
- B. El carácter de transición del desarrollo durante este periodo de la vida y por ello vulnerable: en esta etapa se dan transformaciones rápidas, continuas y violentas, es un periodo de cambios constantes.
El pasaje de una etapa a otra es de tanteo, por lo tanto las experiencias vividas en los momentos de transición pueden generar mayor peligro que en otras etapas donde la organización psíquica ya se encuentra más estable, por lo tanto según plantea Spitz “un mismo estímulo toma significados enteramente diferentes, siendo percibido, experimentado, interpretado y respondido

diferentemente en la misma experiencia, de acuerdo con la etapa en que se le encuentra. Y esta diferencia muchas veces es fundamental.” (Spitz, 1979, p.91)

C. La ausencia de una organización del Yo sólidamente establecida.

Según la teoría psicoanalítica, el Yo es la instancia psíquica encargada de mediar entre el mundo interno y el mundo externo, rechazando los estímulos dañinos y aceptando los deseables.

Sin embargo el bebé no tiene una organización yoica, se trata de un periodo donde la estructura psíquica no se encuentra bien establecida y diferenciada. El psiquismo se encuentra en construcción, de ahí su vulnerabilidad.

Durante las diferentes etapas del desarrollo, mediante las interacciones con el medio, se van dando procesos de maduración que llevarán al bebé a alcanzar un nivel de complejidad cada vez mayor en relación a su estructuración psíquica, así como a sus capacidades afectivas y cognitivas. Se trata de un proceso continuo, que si se transita en condiciones apropiadas, lleva a consolidar lo que Spitz llama los “organizadores” de la psiquis. El establecimiento de un organizador en el nivel adecuado hará que el bebé pueda seguir su desarrollo hacia el siguiente organizador. (Spitz, 1979)

1.3. SOCIALIZACIÓN

El primer año de vida es una etapa fundamental en cuanto al desarrollo de la capacidad del bebé para establecer relaciones con los demás.

Según Klaus y Kennell (1978) “Este vínculo original entre madre e hijo, es la fuente donde manan después todos los vínculos que habrá de entablar el niño.” (p.15)

El ser humano tiene la capacidad de relacionarse socialmente desde que nace, pero esta capacidad podrá desarrollarse siempre y cuando pueda establecer un vínculo significativo con su madre y con su entorno.

Desde la visión de Winnicott (1991), es en el acto de amamantamiento donde comienza toda relación humana. La relación que se establezca entre madre-bebé en esa instancia será el modelo que el niño utilizará para relacionarse con los objetos y con el mundo.

Ese vínculo de contención creará las matrices confiables para el encuentro con lo nuevo, lo inesperado del otro.

Por lo tanto el bebé va a establecer un vínculo de comunicación con su madre en las primeras etapas de la vida que será a su vez fundamental en el desarrollo de la capacidad para relacionarse con los demás en la vida adulta. A partir del vínculo con su madre interiorizará un modo de estar con el otro.

2. POR QUÉ LA IMPORTANCIA DE LA INTERSUBJETIVIDAD MADRE-BEBÉ

Trevarthen plantea que la posibilidad de comunicación entre madre-bebé es la base del concepto de intersubjetividad, y dice al respecto:

Existe una tendencia o motivación a relacionarse, comunicarse, sintonizarse afectiva y mentalmente con los otros. Esta motivación se expresa y materializa en las relaciones tempranas entre cuidador y bebé, e implica siempre un componente inter-intencional, de inferencia de estados mentales en los miembros de la díada. (Trevarthen, citado en Lecannelier, 2006, p.86)

Y luego agrega:

“Esta evidencia de intersubjetividad intencional, o de un estado psicológico inicial, debe ser fundamental para nuestro entendimiento del desarrollo mental humano.” (Trevarthen, citado en Lecannelier, 2006, p.110)

Denomina intersubjetividad primaria a la motivación con que nacen los bebés hacia la sociabilidad y que los impulsan a buscar contacto social para compartir atención y afecto. Sería la coordinación entre sí mismo y el otro.

Denomina intersubjetividad secundaria cuando en el entorno de los nueve meses el bebé es capaz de captar las intenciones de los otros e integrar la interacción social destinada a personas y la acción dirigida a objetos. Sería la coordinación entre sí mismo, el otro y el objeto.

Tomando en cuenta esta concepción Guerra (2009) establece que la intersubjetividad se origina entre la subjetividad naciente del bebé y la subjetividad constituida pero maleable de la madre y define el término como:

- La experiencia de compartir los estados emocionales con otro.
- La capacidad de participar en la experiencia del otro y saber de la experiencia del otro.
- El conjunto de experiencias que se co-construyen cuando dos personas se encuentran.

De la pluralidad de elementos que colaboran en la construcción de la experiencia de intersubjetividad se destacan dos de gran importancia: la empatía y el ritmo.

La empatía es entendida como la capacidad de identificarse con el otro donde es posible percibir, comprender y compartir sus estados afectivos y emociones, sintiéndolos como propios.

El ritmo implica el reconocimiento progresivo, por parte de la madre, de los ritmos y los estilos rítmicos del bebé para poder articular la información que le llega a través de los diferentes sentidos. (Guerra, 2009)

Lebovici (1988) utiliza el término “mutualidad” para designar “el hecho de compartir una experiencia afectiva, el hecho de que la madre y el bebé parecen “juntos” a juzgar por la analogía de sus estados afectivos y la sincronización rítmica que éstos evidencian.” (p.167)

Esta relación de intersubjetividad se inicia incluso dentro de la etapa intrauterina y continúa durante todo el primer año de vida y gran parte de la niñez ya que como dice Winnicott (1991):

“la historia del crecimiento del niño es la historia de una dependencia absoluta, que va disminuyendo gradualmente y avanza a tientas hacia la independencia.” (p.111)

Al mismo tiempo la madre deberá encontrar una nueva identidad, la identidad maternal, por lo que le será imprescindible la mirada del bebé que la confirme como madre y sentir que es capaz de desempeñar su función y establecer una comunicación recíproca con su hijo. Esto se hace tangible cuando el bebé la distingue entre otros, o cuando al verla emite una sonrisa como forma de expresar su satisfacción.

Según Lebovici (1988) “Mirada y sonrisa del lactante tienen en común el valor de conferir a la madre la sensación de que sus esfuerzos son reconocidos por el bebé, como si estas manifestaciones fuesen los prototipos primordiales del sentimiento de gratitud.” (p.154)

Tomando en cuenta estos conceptos podemos ver la importancia de la intersubjetividad madre-bebé donde se establezca un diálogo interactivo, comprensivo y empático.

Winnicott (1991) plantea que en este camino de la dependencia absoluta hacia la relativa independencia deben darse tres momentos esenciales para desarrollo del ser:

- 1- Integración del yo
- 2- Establecimiento de la psique en el cuerpo
- 3- Formación de relaciones objetales

Las cuales, a su vez, deberán ir siendo acompañadas por tres funciones maternas principales:

- 1- Sostén
- 2- Manejo
- 3- Presentación de objetos (p.59)

Es así que “naturaleza y crianza van quedando indisolublemente entrelazadas a través de la realimentación recíproca que posibilita cada interacción a partir del momento mismo del nacimiento” (Brazelton y Cramer, 1990, p.138)

De acuerdo a esto podemos plantear que es solo desde el vínculo intersubjetivo, es decir, de la mano de una figura capaz de interpretar sus necesidades y responder a ellas, que el bebé podrá ir desarrollando su potencial en este período vulnerable de la vida, dándole de ese modo el marco de seguridad imprescindible para poder conectarse con el mundo y explorar y en consecuencia ser capaz de pensar y aprender.

3. ENCUENTRO MADRE-BEBÉ

Como veremos en este capítulo, el encuentro madre-bebé tiene como rasgo singular la disparidad entre sus dos componentes, lo que hace que la madre deba adaptarse a su nuevo rol y a los requerimientos del bebé, y el bebé deba adaptarse a las particularidades de un mundo que aún no conoce.

3.1. CONSTRUCCIÓN DE LA MATERNIDAD

El desempeño de la función materna es un proceso que se va construyendo paso a paso recurriendo a las identificaciones conscientes e inconscientes con los propios padres y a la historia de vida, en especial a lo vivido en el período de la infancia.

Teniendo en cuenta lo planteado por Larbán Vera (2012) podemos decir que por un lado se pone en juego “la imagen interna del niño que hemos sido, del hijo que somos internamente y del que hubiésemos querido ser” y por otro lado “la imagen interna de nuestros propios padres, los que hemos tenido, los que tenemos internamente y los que nos hubiera gustado tener”. (p.26)

Vemos entonces que el hecho de ser madre da cuenta de un proceso que abarca diversos aspectos, y que este proceso es “evolutivo y dinámico”, durante el cual surge en determinado momento el deseo y la necesidad de ser madre.

Como dice Lebovici (1988), “el bebé en primer lugar es el hijo del deseo de maternidad, cuyas raíces, son permanentes y genéricas.” (p.272)

Este deseo, está constituido por una amplia gama de factores entre los que podríamos mencionar:

- El deseo de cuidar a alguien como ella fue cuidada.
- Sentirse completa y omnipotente al poder dar vida a otro ser humano.
- Poder reflejarse en su propio hijo.
- Identificarse con su madre. (Brazelton y Cramer, 1990)

Los meses de embarazo será el lapso de tiempo que le permitirá a ambos padres prepararse psicológica y emocionalmente para recibir al bebé durante el cual, frecuentemente, surge en la futura mamá la necesidad de retraerse para reorganizarse ya que este proceso supone una gradual adaptación a la gran variedad de cambios corporales y psicológicos que se van sucediendo.

En esta instancia no sólo se va gestando el bebé que va creciendo en su vientre sino que a su vez se va gestando la idea de “ser madre” unida a la representación de maternidad que cada mujer tiene.

Por lo tanto necesitará prepararse para recibir a su hijo, asumir su rol materno e identificarse con el bebé, para poder responder a sus demandas y calmar las necesidades que su estado de total dependencia requieren. (Brazelton y Cramer, 1990)

Winnicott (1958) denomina a este período “Preocupación maternal primaria”, lo describe como “un estado de sensibilidad exaltada” y a su vez de “replegamiento o de disociación”; “enfermedad normal”. (p.407)

Los grandes cambios físicos y emocionales que atraviesa la madre en este periodo hacen que la imagen de sí misma, sus estados de ánimo y sus vínculos se modifiquen

constantemente, por lo que es necesario que pueda adaptarse progresivamente a esta realidad e identificarse con su nueva condición maternal.

Contar con un entorno comprensivo y continente, (padre, familia, medio social), será una de las mejores formas de transitar este periodo de profundos cambios.

El feto será reconocido como un ser a partir de que la madre empieza a percibir los primeros movimientos fetales y confirmará de ese modo su presencia física.

Este momento es el que toman en cuenta Brazelton y Cramer (1990) para determinar el comienzo de la relación, "el vínculo más temprano"; ya que la madre comienza a sentir a su bebé como un ser diferente a ella. Esto le permitirá identificarse con él y desde ese lugar interpretar sus necesidades.

Para sobreponerse a los temores y a los sentimientos ambivalentes que genera el embarazo surge como defensa, la necesidad de idealizar a su hijo imaginándolo perfecto y plenamente deseado.

Esta representación ideal se contrastará a partir del nacimiento, con el bebé real que podrá coincidir o no con el que ella imaginó durante el periodo de gestación:

Para todos los que se convierten en padres, en el momento del nacimiento se juntan tres bebés. El hijo imaginario de sus sueños y fantasías y el feto invisible pero real, cuyos ritmos y personalidad particulares se han estado volviendo crecientemente evidentes desde hace varios meses, se fusionan con el recién nacido real que ahora pueden ver, oír y, finalmente tomar en sus brazos. El vínculo con un recién nacido se construye sobre relaciones previas con un hijo imaginario y con el feto en desarrollo que ha formado parte del mundo de los padres durante nueve meses. (Brazelton y Cramer, 1990, p.23)

A partir del nacimiento la madre deberá asumir:

- 1- El abrupto término de la sensación de fusión con el feto y de las fantasías de integridad y omnipotencia propiciadas por el embarazo.
- 2- Adaptarse a un nuevo ser que provoca sentimientos de extrañeza.
- 3- Llorar al hijo (perfecto) imaginario y adaptarse a las características específicas del bebé real.
- 4- Luchar contra el temor de dañar al bebé indefenso.
- 5- Aprender a tolerar y disfrutar las enormes exigencias que le impone la total dependencia del bebé. (Brazelton y Cramer, 1990)

Para afrontar este nuevo vínculo con su bebé cargado de afectividad y ambivalencia, ella cuenta con un "saber" que proviene de su propia experiencia en brazos de otro y que por lo tanto no necesita ser aprendido porque es transmitido de generación en generación.

En este sentido Winnicott (1991) dice: "Después de todo, ella fue un bebé alguna vez, y tiene en sí el recuerdo de haber sido un bebé; también tiene recuerdos de haber sido cuidada, y estos recuerdos la ayudan o interfieren en sus propias experiencias como madre." (p.23)

A su vez habla de la “comprensión intuitiva de la madre, que le permite cuidar a su hijo sin haber aprendido a hacerlo” y agrega “la riqueza esencial de esa comprensión intuitiva consiste en que es natural y no ha sido alterada por el aprendizaje” (Winnicott, 1991, p.34)

Spitz (1979) lo dice de esta manera:

Hay algo misterioso en lo que sucede en el interior de la díada. Se explica perfectamente que la intuición materna, reforzada con la inteligencia y la experiencia de una persona adulta, llegue a conocer las necesidades del bebé incluso allí donde haya confusión. (p.37)

Podemos decir entonces que al nacer un bebé nace también una madre y un nuevo vínculo entre ambos que, a pesar de su “saber intuitivo”, le generará dudas sobre su propia capacidad de ser madre y de cuidar a su bebé; pero a su vez el amor por ese nuevo ser y su deseo “de que viva” le darán las fuerzas necesarias para afrontar ese desafío único.

3.2. CUANDO UN BEBÉ LLEGA AL MUNDO

Una de las principales características que presenta el recién nacido es su inmadurez psíquica y biológica, lo que hace que necesite del otro presente y participe en la interacción para crecer y desarrollarse como sujeto. Debido a esto será imprescindible la disponibilidad de su madre y de su entorno para satisfacer sus necesidades afectivas y vitales y para transitar las diferentes etapas evolutivas del desarrollo.

Dice Winnicott (1991), “para el bebé, aun no existe un consciente ni un inconsciente. Lo que hay es una brazada de anatomía y fisiología, y además, un potencial para el desarrollo de una personalidad humana.” (p.119)

A su vez, teniendo en cuenta el planteo actual sobre el desarrollo temprano del bebé y su relación con su entorno, podemos ver que también se lo concibe desde su nacimiento, como un ser activo, capaz de comunicarse y de buscar y lograr respuestas de su madre a través de diferentes manifestaciones, como el llanto, las mímicas y las vocalizaciones.

Varios autores confirman este planteo:

Brazelton y Cramer (1990) afirman: “ahora se hace hincapié en la actividad y no en la indefensión, en la facultad de promover conductas y no en la pasividad”, por lo tanto plantean que el bebé interactúa con su medio desde que nace. (p.142)

Stern (1983) entiende que el bebé, desde el comienzo, busca estímulos del mundo exterior y se esfuerza por obtenerlos.

Lebovici (1988) concibe al bebé como un ser capaz de influir sobre su entorno humano tanto como está sometido a la influencia de ese entorno.

Las capacidades sensoriales serán para el bebé la vía permanente de intercambio de información con su madre y con su medio ambiente.

Como dice Stern (1999), “el sistema nervioso del bebé está preparado para evaluar inmediatamente la intensidad de una luz, de un sonido, de un contacto, de todo lo accesible a los sentidos”. (p.31)

La mirada, presente desde las primeras horas de vida, constituye una de las principales formas de comunicación entre madre-bebé y refuerza el vínculo afectivo entre ambos.

El oído es uno de los primeros órganos que se desarrollan dentro del útero y le permite al bebé responder a la gran variedad de estímulos auditivos dependiendo del tono de voz, intensidad y duración, pudiendo incluso diferenciar la voz de su madre de la de otras personas.

La sensibilidad al tacto está presente en todo el cuerpo y en especial en el área de la boca facilitando el reflejo de succión.

El olfato, se encuentra más desarrollado en el recién nacido que en el niño o el adulto lo que hace pensar que se debe a que facilita la búsqueda y apropiación del pecho materno.

El gusto, presente también desde el nacimiento, se relaciona a la singular importancia de la alimentación en este período. (Brazelton y Cramer, 1990, Lebovici, 1988)

Vemos que el bebé, desde el nacimiento, cuenta con una estructura física y psíquica en formación así como un gran potencial para su desarrollo. Si bien depende indefectiblemente de su entorno, cuenta con una aptitud innata de percibir el mundo a través de los sentidos y a partir de ellos, buscar y promover respuestas en los demás. Esto le permitirá interactuar con su medio y lograr un efecto en él.

3.3. CÓMO SE DA ESE ENCUENTRO

El bebé anuncia su llegada a este mundo “con el recurso dramático de un grito inaugural.” De esta forma describe Lebovici (1988) el momento de nacer. (p.251)

Según Spitz (1979), el nacimiento se trata de “una transición de lo fisiológico a lo psicológico, ya que en el estado fisiológico del útero, las relaciones son de un completo parasitismo del niño; en el transcurso del primer año, aquel pasará por una simbiosis con la madre, para terminar en un estadio donde se desarrollan relaciones jerárquicas.” (p.6)

A partir de este primer encuentro el bebé ya no será una unidad con su madre, pero sin embargo dependerá totalmente de ella durante el gradual proceso de conocimiento de sí mismo y del mundo, de diferenciación entre ambos y del logro progresivo de la autonomía.

Una de las características principales de este encuentro, es la relación asimétrica entre ellos: la madre pondrá en juego su cuerpo, su psiquismo y toda su experiencia de vida; sin embargo en el bebé no hay aún experiencia de vida ni desarrollo psíquico, cuenta con su cuerpo por medio del cual, en contacto con el cuerpo de su madre y a través de los sentidos, irá recibiendo las señales de esa comunicación. (Spitz, 1979, Mellier, 2015)

En el momento en que por primera vez una madre toma en brazos a su recién nacido, lo toca entonces, le habla, lo mira, le brinda su olor y su calor....; son igualmente, desde un principio, otros tantos estímulos interaccionarles que el bebé puede recibir porque ya tiene capacidades sensoriales, visuales, auditivas, olfativas. Y ya también el bebé, por su lado, emite mensajes, aún por el solo hecho de dormir, llorar o mamar. (Lebovici, 1988, pag.95)

Como vemos el lenguaje de comunicación madre-bebé es verbal y extra verbal, el diálogo entre ellos no pasa sólo por las palabras sino fundamentalmente por la expresión de su cuerpo. De ese modo el bebé irá percibiendo la actitud materna y cómo se siente ella en relación con él.

Para que esta comunicación pueda darse y sea percibida por su bebé, la madre adoptará naturalmente formas especiales de dirigirse a él, como la elección de las palabras, el tono de voz, la forma de sostenerlo y mirarlo; por su lado el bebé también emitirá señales que la madre deberá reconocer e interpretar su significado.

En relación a esto Winnicott (1991) dice: "Al describir la comunicación entre el bebé y la madre nos encontramos con esta dicotomía esencial: la madre puede descender hasta modos infantiles de experiencia, pero el bebé no puede elevarse hasta la complejidad del adulto." (p.126)

De este modo irá identificándose con el bebé, retornando por momentos al periodo de su infancia, lo que le dará la posibilidad de decodificar sus necesidades y estados de ánimo para poder responder en base a ellos.

Las madres adquieren una capacidad especial para ponerse en el lugar del bebé, para casi perderse en una identificación con el bebé, de manera tal que saben lo que el bebé necesita en un momento determinado. Al mismo tiempo siguen siendo ellas mismas, y son conscientes de su necesidad de protección mientras se encuentran en un estado que las hace vulnerables. Asumen la vulnerabilidad del bebé. (Winnicott, 1991, p.125)

Podemos decir entonces que en este encuentro asimétrico pero caracterizado por la afectividad, la madre pondrá en juego su experiencia de vida, sus temores y también sus deseos e ilusiones, mientras que en el bebé no hay aún experiencia de vida, su individualidad física y psíquica están en plena formación, pero contará con su capacidad innata de buscar y provocar estímulos y respuestas que la madre deberá recepcionar, interpretar y responder en un tiempo y un ritmo adecuados para que pueda establecerse un verdadero y efectivo diálogo comunicacional entre ambos.

4. PROCESO DE DESARROLLO DEL PENSAMIENTO

“Lo más complejo sólo puede surgir a partir de lo más simple,...siempre de lo simple a lo complejo.”

Donald Winnicott

En este capítulo intentaremos dar cuenta de cómo el bebé en el primer año de vida va adquiriendo su capacidad de pensar, pasando de un pensamiento simple a un pensamiento complejo, partiendo de la base como se dijo anteriormente, que esto sólo es posible en el encuentro intersubjetivo con su madre.

Analizaremos entonces los procesos que le irán permitiendo al bebé pasar del estado de replegamiento y total dependencia que presenta al nacer, en el que su conducta se compone básicamente de actividades reflejas, simples y básicas, a un estado del pensamiento mucho más complejo y flexible que le permitirá pensar, actuar y adaptarse a diferentes situaciones, lo que le permitirá ir transitando paulatinamente hacia la independencia.

4.1. SER PENSADO, COMO CONDICION NECESARIA PARA PODER PENSAR

“En presencia de un bebé nos vemos obligados a inventar sus mundos interiores.”

Daniel Stern

Cicchone (1997) establece que para que la actividad de pensar pueda desarrollarse se hacen necesarias tres condiciones:

- A. Un equipamiento somático, neuropsicológico, suficientemente adecuado.
- B. Un entorno que piense. Un bebé no puede pensar sino en un ambiente pensante, junto a otro ser humano pensante o apuntalándose en el pensamiento de otro u otros.
- C. Es necesario también que ese entorno invista al bebé y que le preste sus pensamientos. Se puede decir que se piensa primero con el aparato para pensar de otro. Para alcanzar la simbolización se necesita del pensamiento de otro, desde afuera, para luego interiorizarlo, constituyéndose en objeto interno.

El bebé necesita que en un comienzo la madre lo imagine pensando e interprete sus actos, sus gestos, su llanto, dándole un sentido a su expresión. En esta interpretación la madre tendrá en cuenta al bebé como una persona que comprende lo que se le dice y que a su vez ella puede comprenderlo a él. (Cicchone, 1997).

Fonagy y Target (1998) plantean que la capacidad de reflexionar sobre los sentimientos y los pensamientos se construye a través de un proceso intersubjetivo entre madre-bebé:

“La madre sensible se acerca al bebé que llora con una pregunta en la mente: ¿quieres que te cambie el pañal?, ¿te sientes solo?” concibiéndolo como un ser que tiene sentimientos, que tiene deseos y que piensa. (p.67)

De este modo, irá interpretando los sentimientos del bebé, ya que su aparato psíquico está en vías de formación, y por lo tanto no sabe qué siente, dónde lo siente o qué

necesita. Es la interpretación que le dé la madre a sus gestos lo que le ayudará a ir definiendo sus sentimientos y estructurando su mundo.

El bebé irá internalizando gradualmente estas experiencias y sentirá que sus necesidades encuentran respuesta en su madre.

Desde la conceptualización de Bion (1967), es la madre que le ofrece al bebé su propio “aparato para pensar” a través de su capacidad de “rêverie”, es decir, a través de su capacidad de estar en sintonía con sus necesidades.

Según estos autores éstas serían las bases para que el bebé pueda llegar a comprender su propia mente, por lo tanto no es un proceso innato, sino que se construye desde las primeras interacciones madre-bebé.

4.2. LA PRIMERA NECESIDAD: SER SOSTENIDO

“Ella sabe que lo esencial es la más simple de todas las experiencias, aquella basada en el contacto en ausencia de actividad, en la cual existe un espacio para el sentimiento de unidad entre dos personas que en realidad son dos y no una sola.”

Donald Winnicott

El nacimiento es un momento revolucionario, donde el bebé pierde de un instante a otro la envoltura y la contención que el útero de la madre le daba a su cuerpo, y que cubría todas sus necesidades, y pasa a ocupar un lugar en el mundo exterior con las exigencias que trae implicadas para poder sobrevivir. La primera de ellas, inmediata al nacimiento y esencial para la vida, será la de aprender a respirar con sus propios pulmones.

Laplanche y Pontalis (2007), en el diccionario de Psicoanálisis, traen una cita de Freud donde hace referencia al estado de desamparo al comienzo de la vida, relacionándolo con la prematuridad en que nace el ser humano:

Su existencia intrauterina parece relativamente corta en comparación con la de la mayoría de los animales; se halla más incompleto que éstos cuando viene al mundo. Ello hace que la influencia del mundo exterior sea más intensa, es necesaria la diferenciación precoz del yo con respecto al ello, aumenta la importancia de los peligros del mundo exterior, y se incrementa enormemente el valor del único objeto capaz de proteger contra estos peligros y de remplazar la vida intrauterina. Este factor biológico crea, pues, las primeras situaciones de peligro y la necesidad de ser amado, que ya nunca abandonará al hombre. (p.95)

Su concepción del desamparo inicial del recién nacido considera sustancial la presencia del otro, que a través del apuntalamiento en los cuidados básicos y vitales para el bebé vehiculizará su amor y el deseo de que su hijo viva. Al tiempo que el bebé buscará repetir la experiencia de satisfacción.

Desde la conceptualización de Winnicott (1991), la primera necesidad del recién nacido será la de ser “sostenido” por su madre en este período de grandes cambios y de fundamental importancia para su adaptación al mundo y para el adecuado desarrollo de su personalidad, en este sentido dice:

“Por mi parte me conformo con utilizar la palabra sostén y con extender su significado a todo lo que la madre es y hace en este período.” (Winnicott, 1991, p.23)

Winnicott utiliza este término en un sentido amplio, lo que implica proporcionarle contención física y psíquica, ya que el vínculo afectivo que se establece entre madre-bebé mediante el sostén físico y emocional, trae aparejado un efecto de contención a nivel psíquico.

El sostén materno implica necesariamente la proximidad del cuerpo del bebé con el cuerpo de su madre. En esta proximidad, donde la madre adecua su postura a las necesidades de su bebé, lo mece con suavidad, lo mira y le habla cálidamente, el bebé la irá reconociendo, sentirá su olor particular, su respiración, la vibración de sus cuerdas vocales y el sonido y el mensaje de las palabras que ella emite al hablarle. Esta forma de comunicación verbal y no verbal le proporcionará al bebé las primeras envolturas psíquicas y será la base para la construcción de su self. (Winnicott, 1991, Mellier, 2015)

Por lo tanto, por medio de estos intercambios afectivos, percibidos a través de los sentidos como forma privilegiada de comunicación en este período, el bebé, en un proceso lento y continuo, irá sabiendo de la existencia de su propio cuerpo, comenzando a sentirlo separado y diferente del cuerpo del otro y se irá gestando en él la idea de sí mismo, ya que en un primer momento se encuentra en un estado de indiferenciación donde percibe a su madre y al mundo que lo rodea como parte de su propia persona:

“Desde el punto de vista del bebé no existe nada más que el bebé y, en consecuencia, al comienzo la madre es parte de él.” (Winnicott, 1991, p.29)

A su vez, por medio de las técnicas de cuidado que implican tocarlo, acariciarlo, y manejar su cuerpo, la madre irá logrando dar unidad a sus “pedacitos”, tal como dice Winnicott que se siente el bebé en los comienzos de su vida y esto irá permitiendo que en su psiquismo se vaya desarrollando la noción de “integración”, imprescindible para todo futuro desarrollo, ya que dará lugar a que el bebé se pueda ir percibiendo como un todo y le irá dando la sensación de existir.

Sobre esto Winnicott (1958 a) dice:

“el pequeño que no haya dispuesto de una persona que recoja sus “pedacitos” empieza con un hándicap su propia tarea de autointegración y tal vez no pueda cumplirla con éxito, o al menos no pueda mantenerla confiadamente.” (p.209)

Del mismo modo, a partir de esta relación sincrónica madre-bebé, se irá estableciendo un nexo entre psiquis y soma a lo que Winnicott (1958) denomina “personalización satisfactoria” y la define como “el sentimiento de que la persona de uno se halla en el propio cuerpo”. (p.210)

Por su parte Bion (1967), con el término tomado del francés “rêverie” destaca el singular estado mental que presenta la madre en este período y que le permite comprender y responder a las necesidades de su bebé.

De esta forma le otorga a la madre una función “continente” donde el bebé depositará sus “contenidos” caóticos y displacenteros que no pueden ser procesados por su

mente. Estos contenidos son originados por sensaciones que le generan disconfort, provenientes de su propio cuerpo o del mundo exterior, ayudándolo a transformarlos en estados emocionales placenteros y de esta forma calmar la ansiedad.

A los contenidos expulsados por el bebé Bion los llama elementos beta, aquello experimentado corporalmente pero no elaborado psíquicamente, que al salir dejan un espacio vacío capaz de ser llenado por pensamientos que pueden ser pensados y tolerados al ser metabolizados por la madre para que el bebé pueda asimilarlos, a los que llama elementos alfa.

De esta forma el bebé podrá interiorizar la experiencia de contención materna, y podrá elaborar a partir de ahí sus contenidos psíquicos.

En una de sus conferencias Bion daba el siguiente ejemplo:

Imaginemos que el bebé está muy alterado y tiene miedo de un desastre inminente como morirse, y lo expresa a través del llanto. Ese lenguaje puede ser a la vez comprensible e inquietante para la madre... Supongamos que la madre levanta al bebé y lo consuela, no está de ningún modo desorganizada ni afligida, sino que su respuesta es tranquilizadora. El bebé afligido puede sentir que, con sus gritos, ha expulsado dentro de la madre aquellos sentimientos de inminente desastre. La respuesta de la madre puede sentirse como desintoxicando la evacuación del bebé; la sensación de desastre inminente se ha modificado por la reacción materna y puede ser retomada por el bebé. Una vez quitada de encima la sensación de desastre inminente, le es devuelto al bebé algo que es mucho más tolerable. (Bion, 1974, en Libro Anual de Psicoanálisis XXIII-2008, 2009. p.94)

El bebé, desde el comienzo de su vida se enfrenta a “angustias catastróficas”, que provienen de su cuerpo, como el hambre, o del mundo que lo rodea, como la gran variedad de intensos estímulos y sensaciones a los que continuamente se ve sometido, que amenazan su estado de integración y tiene la necesidad de un otro que lo auxilie.

La situación prototípica de la función continente es el acto de amamantamiento, durante el cual la madre va a transformar una vivencia caótica en una vivencia de integración. (Mellier, 2015)

Refiriéndose a este estado Esther Bick (1968) dice:

Parecería que, en el estado infantil no integrado, la necesidad de encontrar un objeto contenedor lleva a la frenética búsqueda de un objeto, sea este una luz, una voz, un olor, o algún otro objeto sensual que sea capaz de mantener la atención y, por lo tanto, susceptible de ser vivenciado por lo menos temporariamente, como algo que une las diversas partes de la personalidad.

El objeto óptimo es el pezón dentro de la boca, junto con la madre que sostiene al bebé, le habla y de la cual emana un olor familiar. (p.2)

Como hemos visto el contenido psíquico nace a partir del continente corporal; la interpretación y el alivio de la necesidad, el sostén, la palabra y la mirada; ser

contenido y reconocido por el otro, esto le permitirá al bebé sentir que existe, darle unidad a su cuerpo y a su psiquismo y diferenciarse del mundo que lo rodea.

Podemos decir, entonces, que es esencialmente desde esas primeras experiencias perceptivo-sensoriales, desde ese vínculo madre-bebé cuerpo a cuerpo, donde podrá empezar a organizarse la personalidad humana en general y la capacidad de pensar en particular, ya que si no hay un continente para el ser no hay un continente para el pensamiento y por lo tanto no hay posibilidad de pensar.

4.3. EL RITMO

“Ritmo viene de rei que traduce el hecho de fluir...el ritmo es entonces lo que vuelve o hace volver.”

Daniel Marcelli

Un elemento fundamental que va a ir permitiendo el despliegue del proceso de desarrollo del pensamiento es el ritmo.

La madre, al crear una estructura rítmica en el encuentro con su bebé, le dará una línea de continuidad existencial.

Las rutinas de la vida cotidiana, que implican una adaptación permanente a las necesidades vitales del bebé, respetando sus ritmos de atención y retraimiento, constituyen un factor estructurante porque le proporcionan un sentimiento de seguridad. (Marcelli, 2001)

Durante los primeros meses de vida, dice Winnicott (1979), la madre “suficientemente buena” responde a las demandas de su bebé en el momento y en el lugar que el bebé las necesita.

Estas reiteradas experiencias de satisfacción podrán ser interiorizadas poco a poco, lo que le permitirá luego, en momentos de tensión, “alucinar” el objeto que calma su necesidad y al presentarse el objeto real el bebé tendrá la “ilusión” de que fue creado por él.

Surge de este modo el sentimiento de omnipotencia, de ser el creador de su mundo, a partir del cual se desarrollará su seguridad narcisística.

Winnicott (1958 a) lo explica de esta manera:

En aquel momento, el pezón real hace su aparición y el pequeño es capaz de sentir que eso, el pezón, es lo que acaba de alucinar. Así sus ideas se ven enriquecidas por los datos reales de la vista, el tacto, el olfato, por lo que la próxima vez utilizará tales datos para la alucinación. De esta manera el pequeño empieza a construirse la capacidad para evocar lo que está realmente a su disposición. (p.213)

Según este autor este será el inicio del pensamiento.

En esta misma línea, Marcelli (2001) plantea que la existencia de un ritmo estable en las rutinas diarias, la hora de la comida, del baño, de la siesta, el lugar donde se lo acuesta, etc, va permitiendo que el bebé pueda anticipar, “después de esto vendrá esto otro”, porque son experiencias que las vive todos los días de la misma manera.

En este sentido, según Marcelli (2001), la sucesión de los hechos será lo que le permitirá al bebé acceder a un pensamiento reflexivo y lo establece como “la primera actividad de pensar” que ya no dependerá únicamente de una experiencia perceptivo-sensorial sino que será un “protopensamiento sobre el tiempo”, (impresiones sensoriales y emocionales muy primitivas relacionadas con la experiencia concreta). Se articula temporalidad y pensamiento, que al organizarse de manera circular, o sea repetitivo y continuo, le da la posibilidad de que sea previsible. La previsibilidad es un factor esencial en la organización de la psiquis.

Al comienzo, efectivamente, el bebé no sabe que grita porque tiene hambre, pero pronto, porque sabe que luego del estado afectivo de tensión asociado al hambre vendrá un estado afectivo de distensión y de satisfacción, se pone a buscar activamente los indicadores que le permiten anticipar ese segundo estado. (p.7)

En un primer momento es la madre la que interpreta las necesidades de su bebé, luego el bebé buscará en su entorno señales que se repiten día a día, (movimientos, ruidos, aromas), que le permitan prever lo que está por venir. Estas repeticiones regulares hacen posible que los hechos de la vida cotidiana sean previsibles, donde ante la necesidad, el bebé podrá anticipar el encuentro y tolerar la espera porque ha tenido reiteradas experiencias regulares de satisfacción de esa necesidad, en una ritmicidad que le garantiza el sentimiento de continuidad.

Según Marcelli (2001) “el estado de anticipación representa, probablemente, la disposición psíquica más propicia al surgimiento y a la confirmación de la actividad de pensar”. (p.7)

Por lo tanto el ritmo, entendido como lo que vuelve en forma cíclica, en una adaptación constante a las necesidades del bebé, es un factor esencial de la organización de la psiquis ya que hace que el tiempo de espera sea medible y le permitirá establecer una correspondencia entre el estado afectivo actual de displacer y el que vendrá en un futuro inmediato de placer.

El pensamiento de que “esto sucede a lo otro” se relacionará luego con otras experiencias afectivas creándose puentes entre ellas y dando lugar a estructuras de pensamientos cada vez más complejas. (Marcelli, 2001)

4.4. LA SORPRESA

*Juego creciendo,
Crezco jugando,
Y así disfruto, siento y pienso.*

Colegio Jesús María

“El ritmo es esencialmente algo que liga. Empalma lo que es el registro de la continuidad de un lado y lo que es el registro de la suspensión, ruptura, corte, del otro.”

Daniel Marcelli

Al tiempo de las rutinas, de la recurrencia regular de los acontecimientos que Marcelli denomina tiempo cíclico, tiempo circular; se opone el tiempo lineal, el tiempo marcado por un principio, una dirección y un fin.

La repetición metódica de las rutinas diarias, como hemos visto, le dan un marco estructurante al bebé, sin embargo, según este autor, es necesario abrir el tiempo circular y pasar al tiempo lineal donde surja algún cambio:

“Si la repetición apacigua, el exceso de repetición y previsibilidad adormecen, hacen desaparecer dos de los componentes esenciales de lo humano, la espera y la curiosidad.” (Marcelli, 2001, p.12)

Podemos pensar entonces al ritmo no solo como “algo que vuelve”, sino también como “algo que liga” la continuidad (repetición) con la suspensión (cambios).

La sorpresa será el elemento que introduzca lo nuevo, el cambio, donde el bebé se verá obligado a adaptarse a la nueva situación, e irá estableciendo hipótesis en su mente. Será el pasaje del tiempo circular al tiempo lineal, con un principio y un fin, para volver luego a la continuidad, ya que repetición y cambios son dos elementos fundamentales para la elaboración del pensamiento.

Marcelli toma a los juegos de cosquillas, o la mano que sube suavemente por el cuerpo del bebé, como un ejemplo para poder pensar el cambio y la alegría que provoca la sorpresa al darle discontinuidad a la continuidad de los cuidados diarios.

“El bebé no espera solamente para ser satisfecho, espera además porque es excitante esperar, porque pueden surgir sorpresas que son para la psiquis lo que las caricias para la piel: fuente de placer y estímulos.” (Marcelli, 2001, p.18)

Estos juegos son iniciados generalmente en momentos de distención y tranquilidad, donde la madre previamente le hace saber al bebé, mediante determinados códigos, que comenzará el juego.

De este modo se acerca al bebé estimulándolo mediante cosquillas, caricias, cantos o mímicas; lentamente va introduciendo algunos cambios en el juego como el tiempo de demora, el lugar de la cosquilla, o el tono de su voz. El bebé va identificando esos cambios y se percibe en su actitud y en su risa el placer que le provocan.

Marcelli (2001) plantea que durante los primeros dos meses de vida la cosquilla produce placer en el bebé en el momento y en la zona del cuerpo en que la madre la realiza, la risa surge durante la cosquilla hasta que la madre se detiene.

A partir del tercer mes se da un cambio fundamental: la excitación no proviene solo de la percepción sensorial sino de la espera de la cosquilla y de la incertidumbre:

A partir de este momento, es la modificación del ritmo que “cosquillea” la psiquis, el alma del niño, provocando de esta forma la risa; no es más la mano de la madre sobre el cuerpo. En adelante las variaciones del ritmo se vuelven el principal factor excitante...La espera y las fluctuaciones en la espera constituyen un factor de estimulación tan poderoso como la cosquilla. (p.14)

Por medio de la sorpresa, según este autor, el bebé pasaría de una excitación básicamente sensorial a una excitación donde predomina el aspecto afectivo y cognitivo ya que el bebé deberá adaptarse mental y corporalmente a lo inesperado y elaborará para ello hipótesis temporales.

Ante el instante de espera e incertidumbre el bebé se hará preguntas sobre lo que vendrá tales como: “¿cuándo vendrá?”, “¿por dónde vendrá?”, “¿vendrá por este costado o por este otro?”.

Debido a esto, podemos ver que los juegos de sorpresa, que giran alrededor de la espera, serán un elemento estimulador del pensamiento y motivo de placer, donde la incertidumbre sobre lo que vendrá se da en forma agradable porque la sorpresa está contenida en un encuadre que asegura que nada esencial será amenazado.

De esta forma se da paso a lo “lo nuevo” que rompe la continuidad, ya que lo que el bebé espera quizás no venga tal cual lo espera.

Según Marcelli (2001):

Estos juegos en los que alternan repetición y sorpresa constituyen la trama misma del ritmo, y la sorpresa es el instrumento del cual se sirve el ritmo para llegar a desenlazar el tiempo circular y abrir al ser humano al tiempo lineal. (p.18)

Estas actividades lúdicas le permiten al bebé y a su madre experimentar juntos la alegría que provoca el instante en que la espera termina y surge la sorpresa, donde la actividad de pensar está en estrecha relación con disfrutar y sentir.

4.5. INTERJUEGO PRESENCIA-AUSENCIA

“El pensar comienza como una forma personal que encuentra el bebé para habérselas con la falla gradual de adaptación de su madre.”

Donald Winnicott

La capacidad natural de la madre de identificarse con su bebé hace, como ya hemos visto, que pueda responder a sus demandas en el tiempo y la forma en que el bebé las necesita, de manera que en un principio “el bebé se haga la ilusión de que el mundo puede ser creado por él y de que lo que es creado es el mundo”. (Winnicott, 1959, p.1)

A su vez, la tarea principal de la madre será “desilusionar” progresivamente a su bebé, estableciendo momentos de corte en esa sincronía, una ausencia transitoria que le dé la posibilidad de tolerar la frustración y crear su propia capacidad de autorregulación. Esto le permitirá aceptar que lo que él necesita no siempre vendrá exactamente cuándo y cómo lo necesita, abandonando así su sentimiento de total omnipotencia.

Este tiempo de espera significará una ruptura en la continuidad existencial del bebé y permitirá, a su vez, que se establezca un corte en la fusión con su madre establecida en los primeros meses, dando lugar al otro, introduciendo en la interacción madre-

bebé un tercero simbólico y abriéndole el camino a otros intereses en el mundo exterior. (Winnicott, 1979)

Winnicott (1991) afirma: “¡Se puede obtener bastante satisfacción de la rabia!, siempre que ésta no se convierta en desesperación.” (p.25)

En base a esto, el tiempo de espera debe ser adecuado a los tiempos y al ritmo del bebé, debe ser una espera tolerable.

Ese instante de ausencia será esencial para alcanzar la simbolización, debido a que ante la falta, el bebé producirá una imagen alucinatoria del objeto recurriendo a sus huellas mnémicas de esa satisfacción, dándole de esa forma continuidad al objeto ausente, permitiéndole su representación mental. Esto dará lugar a la incorporación de la noción de objeto interno.

Por lo tanto, implicaría el trabajo psíquico de volver a hacer presente (a nivel intrapsíquico) el objeto cuando está ausente perceptivamente. En otras palabras, la percepción dejará lugar a la representación. (Winnicott, 1993, Marcelli, 2001)

Según B. Golse (1992) “solo en esta experiencia de vacío podría situarse el objeto interno, es decir aproximadamente la representación mental del objeto y de la satisfacción pulsional”. (p.125)

El pensamiento surgirá entonces, ante la alternancia de presencia y ausencia, que hace posible que se simbolice el objeto ausente para tolerar la falta.

Podemos ver que no es únicamente la ausencia lo que da lugar al pensar, sino que es esencial que haya habido previamente presencia de objeto para que el bebé pueda interiorizarlo; son las reiteradas experiencias sucesivas de presencia y ausencia que hacen posible alcanzar la simbolización.

Como dice Marcelli (2001), “el pensamiento simbólico no encuentra más su origen en la ausencia del objeto como en su presencia. En la alternancia de las presencias-ausencias, sus repeticiones regulares, de entre las dos surgirá el pensamiento simbólico.” (p.10)

El bebé puede guardar en su interior la imagen viva de su madre por un cierto tiempo, pasado este tiempo tendrá la necesidad de recuperar a su madre real, de reencontrar el contacto con su madre externa.

De aquí surge que se ponga en marcha el “deseo” como movimiento de encuentro con el objeto perdido, es decir, el deseo de que aquello que estuvo y que ahora no está vuelva a estar. “Lo faltante transforma la necesidad en deseo”. (Marcelli 2001, p.15)

Como lo conceptualizara Freud (1979), los juegos de escondida, “está-no está” (fort-da), representan una forma de elaborar la ausencia materna.

Podemos ver que estos juegos de unión- separación, están marcando por un instante la ausencia, que luego se hará presencia, permitiendo elaborar en forma placentera los sentimientos de angustia ligados a la ausencia del objeto materno.

Como dice Fedida, “el juego inventa un lugar para la ausencia precisamente para permitir a la ausencia tener lugar”.

(Citado en Casas de Pereda, 2015, p.34)

Al finalizar el juego se debe poner énfasis en la alegría del reencuentro luego de la tensión que provoca la espera, es así que jugando se hace posible tolerar la frustración en el plano pulsional y tolerar la incertidumbre en el plano cognitivo encontrando placer en esto. (Marcelli, 2001)

Según Guerra (2009) estos juegos significarían:

- Un anclaje intersubjetivo para que pueda darse la permanencia del objeto.
- Formulación lingüística en la que se le otorga al bebé una participación.
- Pregunta con espacio en blanco que permite una respuesta imaginaria del bebé.
- Tolerancia al silencio y valor del suspenso.
- Importancia del “no” como elemento de separación y corte.
- Placer compartido en el reencuentro y expresión transmodal.

A este espacio de juego, de ilusión, Winnicott lo denomina “espacio transicional”, definiéndolo como “el estimulante entrelazamiento de la subjetividad y la observación objetiva, zona intermedia entre la realidad interna del individuo y la realidad compartida del mundo que es exterior a los individuos”.

Tendría la función de puente entre lo interno y lo externo, entre lo subjetivo y lo objetivo, entre la fantasía y la realidad; “un estado no integrado de la personalidad” donde Winnicott ubica lo creativo. (Winnicott, 1979, p.91)

“El niño espera a la madre, y en la espera, en la demora, crea.” (Montes, 1999, p.65)

4.6. MACRORRITMOS Y MICRORRITMOS

A los procesos de repetición y cambio que desarrollamos anteriormente, Marcelli (2001) los inscribe dentro de dos tipos de organización del tiempo: los macrorritmos y los microrritmos.

-Los macrorritmos comprenden las actividades de cuidado: el baño, la hora de la siesta, de la comida, etc, que al repetirse día tras día y de una manera estable, las hace previsible.

Lo que se busca es calmar la necesidad corporal y fisiológica del bebé.

Combinan: ritmo, relaciones de cuidado, anticipaciones confirmadas, apaciguamiento de la necesidad, capacidad de memorización y corresponden al tiempo circular, tiempo de repetición.

-Los microrritmos son interacciones lúdicas que no duran más de uno o dos minutos donde se juega a crear reglas que luego de estar bien establecidas son incumplidas parcialmente por la madre lo que crea el cambio, la sorpresa y la alegría de disfrutarlo juntos.

Combinan: relación humana proximal, interacción lúdica, espera engañada, excitación pulsional, intercambio de afectos y corresponden a lo inesperado, a la linealidad del tiempo, con un principio y un fin.

Marcelli plantea que la actividad del pensar simbólico se va a desarrollar en estos dos tiempos:

- un macrorritmo repetitivo y estable que le dé continuidad y seguridad y que le va a permitir primero memorizar la experiencia y luego reflexionar sobre ella.
- un microrritmo donde lo que se espera no siempre llega como se lo espera, por lo tanto esa incertidumbre se volverá excitante y permitirá que lo diferente se

invista de placer, reforzando su capacidad de atención y luego su capacidad de aprendizaje.

Lo describe de esta manera:

El ritmo sirve para abrir el bucle del tiempo, permite al ser humano pasar de un tiempo circular a un tiempo lineal, siendo la sorpresa la cuchilla que sirve para cortar la circularidad del tiempo arcaico, quebrando la repetición por un instante, desanudando los lazos protectores del tiempo circular para proyectar al individuo en la carrera solitaria de un tiempo lineal angustiante. (Marcelli, 2001, p.21)

4.7. LA CONSTITUCIÓN DEL SELF A PARTIR DE LA MIRADA DEL OTRO

“Comprender la naturaleza del mundo mental no se puede hacer solo, requiere el descubrimiento y el reconocimiento del self en la mirada del otro.”

Fonagy y Target

La mirada recíproca madre-bebé permite establecer una intensa conexión afectiva entre ambos. El bebé se reconocerá a sí mismo a partir de la expresión del rostro de su madre como espejo, “la madre lo mira y lo que ella parece se relaciona con lo que ve en él” (Winnicott, 1979, p.148).

Si la madre mira a su bebé de manera maravillada, el bebé se verá de esa forma en esa mirada, pero “si el rostro de la madre no responde, un espejo será entonces algo que se mira, no algo dentro de lo cual se mira”. (Winnicott, 1979, p.149)

Sara Paín y Gladys Jarreau (1995) describen a este proceso con un concepto similar:

El bebé ya es un objeto estético. Su sola visión es ya agradable a los ojos. La mirada que se posa sobre él le devuelve el placer que su presencia provoca. Más adelante, reconocerá en el espejo la imagen de ese a quien los adultos admiran. La constitución del narcisismo comienza por la propia imagen y la misma depende en parte de los adultos que se han dejado fascinar. (p.15)

Entre los dos y cuatro meses el rostro humano se vuelve particularmente atractivo para el bebé porque los movimientos y la expresión emocional despiertan su interés.

En este período empiezan a surgir los juegos cara a cara, y con ellos la sonrisa social y los “monólogos balbuceantes”, donde se da una forma comunicacional diferente y simultánea entre ambos. (Spitz, 1979)

El bebé mira los ojos y la boca de su madre y escucha su voz y por momentos realiza vocalizaciones o movimientos con su rostro o con sus manos, imitando en forma rítmica sus gestos. A su vez la madre mira a su bebé e imita, en respuesta, sus gestos, en especial aquellos que contienen emociones, dándose una interacción circular entre los dos que implica mirar, ser mirado y descubrirse en los gestos del otro.

Marcelli (1992) plantea que la imitación sería una condición necesaria aunque no suficiente para los procesos futuros de identificación.

Según vimos anteriormente, en estos intercambios interpersonales se pondrían en funcionamiento las neuronas espejo y cumplirían un rol fundamental en la capacidad de comprensión e imitación. Recordemos que la particularidad de estas neuronas es que se activan tanto en la persona que ejecuta la acción como en la que la observa. Fonagy y Target (2009) destacan la sensibilidad que tiene el bebé al contacto visual y como las actividades cerebrales reflejan la diferencia entre un bebé que es mirado y el que no lo es.

Mencionan a su vez, estudios que han demostrado que los bebés siguen la mirada del adulto (atención conjunta) si, y solo si, el movimiento de los ojos fue precedido de una mirada mutua, por lo tanto plantean que la mirada une las mentes.

“Al establecer el vínculo, una reunión de mentes es entonces un prerrequisito esencial para compartir el interés del otro.” (Fonagy y Target, 2009, p.123)

Gracias a esta función de espejamiento y de imitación el bebé irá empezando a distinguir el “yo soy” y el “tú eres”, lo que posibilitará la construcción de la imagen de sí mismo distinta y diferenciada de la de su madre y posibilitará a su vez la construcción del narcisismo.

Se inicia un primer reconocimiento de que sus acciones se corresponden con las acciones de los otros, o sea que puede hacer lo que los otros hacen, a su vez que puede sentir y compartir los afectos y la vida mental de los demás, comenzando a establecerse una relación de empatía. (Meltzoff, A. 1985, citado en Lecannelier, 2006)

Este mecanismo sería posible, según Stern, a través de la percepción amodal, que le permite al bebé conectar diferentes experiencias sensoriales en una sola experiencia común.

De esta forma Stern (1985) plantea que se va desarrollando una coreografía en el encuentro madre-bebé creada por ambos, donde la sintonía de esta coreografía busca mantener un ritmo que les permitirá compartir las emociones.

A través de la mirada recíproca y los intercambios afectivos el bebé le dará un significado especial al rostro de la madre y le garantizará su presencia constante, posibilitando la memorización de las interacciones y por lo tanto la interiorización de las relaciones de objeto, lo que luego le va a permitir, como ya hemos visto, su representación en momentos de ausencia. (Marcelli, 1992)

El encuentro con el otro mediante la mirada recíproca, donde el bebé siente que al mirar se le ve y por lo tanto existe, posibilitará entonces la construcción de un self unificado y diferenciado del otro, obteniendo de ese modo la sensación de cohesión interna. (Winnicott, 1979)

Así lo describe Pontalis en el prólogo del libro “Realidad y juego”, donde menciona que para la construcción del self se hace indispensable “un rostro, una mirada que nos conceda la certeza de existir”; condición imprescindible en toda actividad de pensar ya que como lo hemos estado viendo, el pensar se construye en una relación de vínculo con el otro, reúne lo sensorial, perceptivo, afectivo.

4.8. INTEGRACIÓN SENSORIAL

El concepto de integración sensorial puede ser definido como la capacidad que posee el sistema nervioso central de interpretar y organizar las informaciones captadas por los diversos órganos sensoriales del cuerpo. Dichas informaciones, recibidas por el cerebro, son analizadas y utilizadas para permitirnos entrar en contacto con nuestro ambiente y responder adecuadamente. <http://www.ibeaudry.com/s5/integracion-sensorial/>

Este mundo de “experiencia global”, de “modalidades sensoriales mezcladas”, es condición necesaria para que haya integración y coherencia e integración de las emociones, por lo tanto es fundamental en el desarrollo de la capacidad de pensar. Este proceso sólo es posible dentro de un vínculo afectivo con el otro. (Larbán Vera, 2012)

Stern (1985) desarrolla el concepto de “percepción amodal” donde plantea que el bebé, desde el nacimiento, no percibiría la información proveniente del mundo exterior por canales sensoriales separados sino que tendría la capacidad de transferir la información recibida por una modalidad sensorial a otra modalidad sensorial en busca de una unidad, por lo tanto sería la forma por medio de la cual llegamos a saber que algo visto, oído y tocado puede ser la misma cosa. Ésta podría ser una explicación de cómo los bebés van conociendo el mundo:

Los infantes están preconstituidos para poder realizar una transferencia de información transmodal que les permite reconocer una correspondencia entre el tacto y la visión. En este caso, la vinculación de las experiencias táctiles y visuales se genera a través de la constitución innata del sistema perceptual, y no por la vía de la experiencia repetida del mundo. Inicialmente no se necesita ningún aprendizaje, y el aprendizaje subsiguiente sobre las relaciones entre modalidades puede erigirse sobre esa base innata. (p.69)

Siguiendo a Larbán Vera (2012), al que iremos complementando con otros autores, podemos distinguir 5 momentos esenciales para la integración sensorial durante el primer año de vida:

1. El acto de amamantamiento

Durante el cual el bebé además de satisfacer su necesidad alimenticia está en estrecho contacto con su madre donde el vínculo de interacción entre ambos es muy intenso, poniéndose en juego los cinco sentidos. En este acto la madre va a transformar la vivencia caótica del bebé en una vivencia de integración. De aquí parte todo futuro desarrollo emocional del niño.

2. El autoerotismo

Por medio del autoerotismo el bebé busca el placer en su propio cuerpo, generalmente en la zona oral. Esto le permite pasar de una vivencia de discontinuidad interna a la de continuidad dado que “al ejercer las actividades denominadas autoeróticas, como es la succión de una parte de su propio cuerpo o del chupete, reencuentra “la marca sensorial” que el contacto sensorial y emocional con la madre le ha transmitido, e

interioriza en su mente la experiencia sensorio-emocional recibida de ella.” (Larbán Vera, 2012, p.122)

Diríamos entonces que el bebé tiene la experiencia de una necesidad y de haber sido calmado por su madre en esa necesidad, por lo tanto aprendió de esa experiencia que lleva la marca de la respuesta de su madre. A través del autoerotismo el bebé fantasea ese encuentro en los momentos de ausencia, y esto le proporciona un sentimiento de continuidad en la relación con ella, haciendo posible que se tolere la discontinuidad y que desarrolle sus propias experiencias de contención emocional.

3. Experiencia con los objetos

Corresponde a experiencias vividas con objetos que representan para el bebé lo vivido con su madre a nivel sensorial y emocional y que cumplen la función de controlar las ansiedades que le produce separarse de ella, por eso se explica la gran importancia que puede llegar a tener para el niño una mantita o un chupete, y por qué tiene que ser ese y no otro.

A estos objetos Winnicott (1979) los llama objetos transicionales (primera posesión no-yo). Lo importante de estos objetos es que son a la vez una creación del bebé y una parte de la realidad externa.

En su planteo Winnicott establece que existe una relación y una secuencia de hechos entre el autoerotismo y el uso del objeto transicional:

Los recién nacidos tienden a usar el puño, los dedos, los pulgares, para estimular la zona erógena oral, para satisfacer los instintos en esa zona y, además, para una tranquila unión. También se sabe que al cabo de unos meses los bebés encuentran placer en jugar con muñecos, y que la mayoría de las madres les ofrecen algún objeto especial y esperan, por así decirlo que se aficien a ellos. (p.17)

Estas experiencias serán la base de la simbolización porque permiten la representación mental estable de la madre, por lo tanto según Winnicott (1959) “el objeto transicional resulta ser el primer símbolo”. Implican pérdida del objeto y reparación. (p.1)

4. Vinculación-desvinculación de los objetos

Corresponde al equilibrio entre integración sensorial y desconexión sensorial. El bebé necesita el contacto con el mundo exterior con ritmos compatibles, y en otros momentos necesita el repliegue sobre sí mismo, que le permita regular el intenso flujo de estímulos que le llegan a través de los sentidos para que su aparato psíquico no se vea desbordado. Para ello utilizará la mirada periférica, el parpadeo, cerrará los ojos o utilizará el autoerotismo. Luego de este repliegue estará dispuesto a continuar la interacción.

Dice Ciccone (1997):

Toda interacción creativa, integradora respeta un cierto ritmo, compuesto de una sucesión de encuentros en la comunicación y de repliegues. El repliegue permite que la experiencia se metabolice. Da testimonio de una investidura autoerótica del pensamiento, ya que daría la posibilidad de que el bebé se retire de la interacción y

rejuegue la escena, metabolice la experiencia en su mundo interno.
(p.7)

En este punto es importante tener en cuenta dos aspectos, por un lado las capacidades atencionales del bebé, y por otro la capacidad y disposición de la madre para seleccionar, interpretar y metabolizar la diversidad de estímulos que le llegan al bebé provenientes del mundo exterior.

Mantener este equilibrio es imprescindible para que el bebé pueda lograr la integración sensorial de los diferentes estímulos, permitiéndole tener una imagen mental unificada de la realidad, integrando lo que va pasando fuera de él, en él, y en la interacción con el otro, aspectos indispensables para desarrollar la capacidad de pensar.

5. Comodalización perceptiva

Refiere a que ningún objeto puede ser experimentado como exterior a sí mismo mientras no sea aprehendido por, al menos, dos modalidades sensoriales simultáneas. Un ejemplo de esto es el acto de amamantamiento donde se combinan diferentes canales sensoriales.

En este acto no solo importa saciar el hambre, como dijimos anteriormente, sino que también juega un papel fundamental la palabra, la mirada, el sostén que le irán permitiendo al bebé integrar las diferentes sensaciones en un estado placentero único. El bebé necesita vivir momentos en que el adulto esté plenamente en contacto con él, donde las diferentes sensaciones experimentadas a través de los sentidos se unen en un eje en común: las emociones.

La comodalización es esencial para lograr la integración sensorial.

La integración y metabolización de todas estas percepciones sensoriales proveniente del mundo exterior posibilitarán la constitución del self y la integración de las emociones, por lo tanto será esencial para alcanzar la simbolización.

5. CONDUCTAS OBSERVABLES EN EL BEBÉ QUE PONEN DE MANIFIESTO LOS AVANCES DEL PROCESO DE DESARROLLO DEL PENSAMIENTO.

A lo largo de este trabajo hemos ido dando cuenta de los procesos intrapsíquicos por los que va transitando el bebé a lo largo del primer año de vida, tomando como base el concepto de que no existe pensamiento si no hay un medio ambiente que acompañe su estructuración.

Llegado este punto consideramos importante tener en cuenta el correlato que tienen estos procesos intrapsíquicos con las conductas visibles u observables del bebé que, propiciadas por el sostén afectivo y la maduración neurológica, ponen de manifiesto la compleja y amplia evolución por la que ha transitado, y que le permitirá alcanzar cada vez más su autonomía de acción y de pensamiento.

El desarrollo normal del bebé, paso a paso, según las pautas esperadas para cada etapa evolutiva será para la madre un signo que la “confirmará como madre” y que le hará saber que su esfuerzo y dedicación hace que pueda ir percibiendo un niño en crecimiento.

- **0 a 2 MESES**

Es una etapa de ensimismamiento, de indiferenciación, donde el bebé no distingue entre lo interno y lo externo y percibe a su madre y el mundo circundante como parte de su propia persona.

Sus conductas son esencialmente para solicitar la regulación de sus necesidades biológicas y afectivas.

Existe poca exploración ambiental y social y hay una tendencia a la evitación y el sueño. Necesita el sostén corporal de la espalda por parte del adulto y el sostén cefálico.

La percepción del mundo se da a través de los sentidos.

En esta etapa se comenzarían a dar las primeras formas de organización del yo para lo cual se hace indispensable el contacto con la madre a través del intercambio de miradas, el acto de amamantamiento y el sostén corporal y emocional. (Guerra, 2014)

- **2 a 4 MESES**

En esta etapa el bebé empieza a ser más sociable, con un mayor desarrollo de la atención y búsqueda de la mirada.

Se interesa más por las personas que por los objetos, y particularmente por el rostro humano dedicándole especial atención y respondiendo con una sonrisa. (Guerra, 2014)

Según Spitz (1979), la sonrisa sería la primera conducta intencional, y marcaría el pasaje de la pasividad al comienzo de la conducta activa.

Lo que percibe el bebé no es una persona ni un objeto, sino una Gestalt privilegiada que consiste en frente, ojos y nariz, todo en movimiento.

El bebé no reconoce las cualidades esenciales del objeto (satisfacción de necesidades, protección, etc) sino las cualidades superficiales y si éstas se modifican no podrá identificarlo.

“Cuando los ojos del niño siguen cada uno de los movimientos de la madre; cuando logran separar y establecer una Gestalt signo en el rostro de la madre, entonces,

habrá separado una entidad significativa en el caos de las “cosas” sin significación del medio circundante.” (p.82)

Establece que esto está en la naturaleza del proceso de aprender ya que el bebé pasa de percibir solo emocionalmente a poder discriminar cada vez más los objetos del mundo que lo rodea. (Spitz, 1979)

En este periodo surgen las protoconversaciones como las denomina Trevarthen, o “vocalizaciones” o “monólogos balbuceantes” según Spitz, donde el bebé es capaz de repetir e imitar los sonidos que su madre o él mismo produce.

Se lo considera como el hecho fundante de la relación del ser humano con la palabra. Al tercer mes puede diferenciar los sonidos que él produce de los sonidos provenientes del mundo exterior. Estos sonidos serán sobre todo rítmicos, linguales, y labiales. (Trevarthen, en Lecannelier, 2006, Spitz, 1979)

Esto es posible porque la madre cambia y reorganiza sus conductas y actitudes hacia el bebé utilizando una forma de comunicación regresiva, tendiendo a vocalizar más, cambiar el tono de voz y exagerar sus expresiones faciales, dándose de este modo un lenguaje intersubjetivo entre ambos. Muchas veces el vocablo que se utiliza es “ajó”. (Trevarthen, en Lecannelier, 2006).

Junto con las protoconversaciones se dan los juegos cara a cara donde el bebé logra mantener la mirada reciproca con su madre durante el periodo de juego, cambiar su expresión facial, imitar alguno de sus gestos y responder con una sonrisa. (Guerra, 2014)

A los 3 meses, el sostén cefálico le permite observar su entorno desde otra perspectiva. A su vez empieza a descubrir y observar sus manos y las manos de los otros dándose momentos de juego con ellas.

En este periodo la exploración del mundo se da llevándose objetos y sus propias manos a la boca. (Guerra, 2014)

- **4 a 7 MESES**

Entre los 4 y 7 meses se va dando, progresivamente, un aumento de las capacidades perceptivas, cognitivas, atencionales, motoras y motivacionales que lo llevan a conocer cada vez más la realidad física.

En esta etapa el bebé empieza a interesarse más por los objetos que por las personas, los mira con más intensidad, adquiere la capacidad de extender los brazos y realiza movimientos de agarre con más precisión.

Se interesa también por los juegos con objetos que la madre le presenta y adquiere la capacidad de orientar su mirada hacia esos objetos (atención conjunta). (Trevarthen, en Lecannelier, 2006).

Entre los 4 a 6 meses con la elección del objeto transicional podemos ver que se ha establecido una representación simbólica de la madre, base del pensamiento, que le permite al bebé darle continuidad en su ausencia. (Winnicott, 1979)

Alrededor de los 4 meses, por medio de los juegos de cosquilla, el bebé recibe diferentes estímulos y puede empezar a procesarlos mentalmente.

En el plano afectivo, empezará a poder tolerar la incertidumbre y la espera de manera lúdica.

En el plano cognitivo, es una de las primeras experiencias en la que deberá formularse hipótesis temporales sobre lo que sucederá en el transcurso del juego y adaptarse mental y corporalmente a lo inesperado. (Marcelli, 2001)

A los 6 meses se da un gran aumento de la actividad motriz. Adquiere la capacidad de sentarse sin apoyo lo que le permite tener una visión más amplia de su entorno físico y contar con sus manos libres para agarrar los objetos y jugar.

A partir del cambio en la alimentación se ven iniciativas, por parte del bebé, de agarrar la cuchara. (Guerra, 2014)

Por lo tanto en este periodo integrará su experiencia afectiva, cognitiva y social con su experiencia de contacto con los objetos.

En esta etapa el bebé pasa de la percepción del estímulo venido desde adentro a la percepción del estímulo venido desde afuera. (Spitz, 1979)

- **REVOLUCIÓN DE LOS 8 a 12 MESES**

En este período el bebé ya está instalado en el mundo de los afectos y las emociones. Surge la angustia de separación que se expresa cuando reacciona con angustia ante un extraño, no por haber tenido una experiencia desagradable con él, sino por no lograr identificarlo con su madre o con alguien de su entorno cercano. Compara el rostro del extraño con los vestigios de memoria del rostro de su madre, ve que es diferente y lo rechaza.

Esto marca otra etapa en la organización psíquica ya que, debido a la presencia constante de la madre, que permitió el establecimiento de huellas mnémicas, el bebé ha establecido una relación de objeto con ella, la madre se ha convertido en objeto libidinal y su rostro ya no podrá confundirlo con ningún otro. (Spitz, 1979)

En este momento empieza a disfrutar de los juegos de escondida que le permitirá investir la ausencia materna como algo placentero, dando lugar al pensamiento simbólico y creando la posibilidad de elaborar aquellas situaciones que lo angustian.

Estos juegos permiten establecer una gran sintonía afectiva donde se comparte la intensidad con que se vive ese encuentro. (Guerra, 2014)

A su vez, empieza a comunicar más lo que quiere a través de los gestos, las miradas y las vocalizaciones y a comprender el gesto y la palabra de los otros, sin necesidad de una satisfacción inmediata a sus demandas. (Trevarthen, en Lecannelier, 2006).

La madre será a su vez un referente social, cuando una situación le resulte ambivalente su cara será un "segundo evaluador" y leerá en su rostro el contenido afectivo para saber qué hacer y sentir. (Guerra, 2014)

Surge el interés por las intenciones de los otros.

Se desarrolla una comunicación recíproca, activa e intencional entre madre-bebé. El bebé no solo observa la conducta de su madre sino la intención de esa conducta.

Empieza a manipular los objetos e interesarse en lo que la madre hace con ellos. (Trevarthen, en Lecannelier, 2006).

Entre los 8 y 9 meses, al haber interiorizado la imagen materna en etapas anteriores, ya no necesitará su presencia física constante, por lo que en esta etapa se interesará particularmente por los objetos y empezará a descubrirlos, jugar más con ellos y explorarlos. Por lo tanto podrá alternar entre la atención a la madre y la atención a los objetos.

Disfruta en pasar el objeto de una mano a la otra y luego en dejarlo caer al piso, puede tomar y dejar un objeto, como a su madre.

El poder desprenderse de los objetos significa que es capaz de utilizar referencias simbólicas. (Lebovici, 1988)

Esto hace que logre separarse momentáneamente de su madre y encuentre motivación en otros elementos del mundo circundante.

Es lo que Winnicott (1958 b) denomina “capacidad para estar a solas” y dice “únicamente al estar solo (en presencia de otra persona) será capaz el niño de descubrir su propia vida personal.” (p.5)

Puede verse a su vez, intentos por separarse físicamente de su madre cuando la empuja para alejarse un poco de ella o cuando se desliza por sus piernas para jugar en el suelo o gatear. (Lebovici, 1988)

- **ADQUISICIÓN DE LA MARCHA Y SEÑALAMIENTO PROTODECLARATIVO 12 MESES**

Hacia los 12 meses se da un cambio fundamental en el bebé con el inicio de la marcha que será el resultado de la conjunción de muchas de las experiencias vividas en el primer año de vida. Comienza a tomar conciencia del sí-mismo corporal y a encontrar placer en el movimiento empleando todo cuerpo y en volcarse activamente hacia el mundo exterior.

Es un momento muy significativo en el proceso de separación, tanto para el niño como para los padres, hay autores que lo consideran como un segundo nacimiento, un nuevo desprendimiento. (Calmels, 2001, Lebovici, 1988)

El señalamiento protodeclarativo y la atención conjunta se dan cuando el niño señala en dirección de un objeto buscando que la madre comparta su interés sobre ese objeto, luego lleva su mirada al rostro de la madre para verificar que existe una actitud de atención conjunta. (Guerra, 2014)

En este acto se da el entrecruzamiento de varios procesos:

- La emergencia del pensamiento y la representación
- La comunicación entre ambos
- La intersubjetividad
- La presentación del espacio y el pasaje a la tridimensionalidad, o sea reconocer que entre el objeto y el bebe hay un espacio de separación.

El gesto de señalamiento marca un momento fundamental en el desarrollo del pensamiento porque muestra el interés libidinal por un objeto que no es su propio cuerpo ni el cuerpo de la madre. Como dice Guerra (2014): “se inaugura un placer de intercambio que no atañe directamente al cuerpo, sino a la vida simbólica”. (p.23)

A su vez el gesto de señalamiento trae aparejado la interrogación, el deseo de atención hacia el misterio, base de la pulsión epistemofílica o deseo de saber. Base para desarrollar la capacidad de pensar y aprender. (Guerra, 2014).

Podemos ver que a los 12 meses el bebé tiene un funcionamiento complejo a nivel cognitivo y a su vez a nivel afectivo, motriz y relacional, donde para ello debió partir de experiencias muy simples y básicas al nacer, para ir desarrollando progresivamente cada una de sus habilidades en este primer año de vida, donde el vínculo de calidad establecido con su madre y con su entorno fue permitiendo el despliegue de sus capacidades innatas.

6. CONCLUSIONES

El proceso de búsqueda y acercamiento a los diversos autores, que han profundizado sobre el proceso de desarrollo del pensamiento en el bebé, fue un camino complejo pero a la vez gratificante.

Nos encontramos así con concepciones teóricas y reflexiones que le fueron dando respuesta a las preguntas formuladas inicialmente, dándole luz a este recorrido.

Como lo hemos planteando a lo largo del trabajo, un bebé necesita de la presencia de otro que lo acompañe en su desarrollo. Su estado de indefensión supone la necesidad absoluta de un entorno confiable y presente desde el comienzo de su vida, donde la calidad de los cuidados diarios y la relación afectiva que se establezca en ese encuentro permitirán el despliegue de sus potencialidades innatas.

Por lo tanto, consideramos que el desarrollo de la capacidad de pensar se dará, como proceso, dentro del vínculo intersubjetivo madre-bebé.

Tomamos en cuenta la importancia de este vínculo desde el período mismo de gestación, momento en el cual ambos padres, desde sus fantasías y deseos, le atribuirá un significado y un lugar al bebé que va a nacer.

El contacto físico con su madre, formador de las primeras envolturas psíquicas, será esencial para la conformación del self y le permitirá al bebé ir diferenciando, progresivamente entre el sí-mismo y el mundo exterior.

La madre, con su capacidad de responder a las necesidades del bebé, le irá dando la posibilidad de tener la "ilusión" de crear su mundo y el objeto que calma su necesidad. El objeto es así encontrado, creado por él. De esta forma tomará contacto con el sentimiento de omnipotencia generador de su seguridad narcisística e interiorizará un objeto gratificante.

Estas primeras envolturas psíquicas quedarán profundamente enraizadas en él, se constituirán en huellas imborrables, porque vienen de los primeros momentos de la vida.

El intenso lazo afectivo establecido entre ambos hará que la madre se identifique con su bebé y pueda interpretar sus necesidades. Es así que al inicio le prestará sus pensamientos, y se interrogará sobre su necesidad, pensando lo que para el bebé es aún impensable, pero considerándolo como un ser que siente y desea e invistiéndolo como un ser pensante. De ese modo le estará dando las bases para el desarrollo de su propia capacidad de pensar.

Por lo tanto, con su capacidad de "rêverie", la madre le otorgará un sentido a las angustias del bebé logrando metabolizarlas y transformarlas en algo placentero. Esto le permitirá tener la ilusión de un saber sobre su hijo, y le concederá una identidad maternal.

El continente corporal y emocional se dará entonces con anterioridad al continente del pensamiento, como dice Larbán Vera (2012) "el cuerpo es para el niño como el paso obligado hacia sus sistemas de simbolización y de significación". (p.91)

La presencia materna será imprescindible para que el bebé alcance a interiorizar el vínculo afectivo establecido con ella, para que luego en su ausencia pueda recordar y

recrear esa experiencia, es decir pueda tener una representación mental del encuentro con su madre.

Para acceder a la simbolización es tan importante la presencia materna constante en las primeras etapas de la vida, como su transitoria ausencia en otros momentos. Es tan importante la ilusión de omnipotencia como su gradual desilusión, para que en esos momentos de ausencia se establezca un corte en la simbiosis establecida con su madre y el bebé pueda recurrir a sus propios recursos de espera y de contención de sí mismo.

Una de las tantas interrogantes que nos fuimos planteando a medida que nos interiorizábamos en el tema, fue acerca de qué características debería tener la presencia materna, sabiendo que no implicaba únicamente una presencia real y continua.

Luego del recorrido realizado pensamos que la presencia materna refiere a la existencia de un vínculo de calidad entre la madre y su bebé, donde cada uno de los elementos que hemos desarrollado en este trabajo tiene su particular importancia.

De esta manera será imprescindible el sostén corporal y afectivo, el ritmo con tiempos de atención y retraimiento según las necesidades del bebé, la rutina diaria y eventualmente la sorpresa que supondrá un encuentro con lo nuevo e inesperado del otro, el alivio constante de la necesidad y la demora, la alegría de los momentos de juego, el descubrimiento en la mirada mutua de un placer compartido, momentos de desencuentro entre madre-bebé y nuevamente de re-encuentro, así como también la progresiva apertura al mundo y la inclusión del padre y de su entorno social.

De esta forma el niño, a lo largo de su desarrollo, habrá adquirido la confianza necesaria en su madre y en su ámbito cercano, y ya no necesitará del cuerpo físico del otro y su presencia constante, sino que podrá estar momentáneamente “a solas” y desde ese lugar separarse, explorar el mundo, crecer, e individualizarse.

Winnicott (1958 b) dice que, “sólo en estas condiciones es posible que el niño viva una experiencia que dé la sensación de ser real.” (p.6)

Estando a solas, en presencia de otro, clara expresión del proceso de simbolización, “el niño es capaz de alienarse, de obrar torpemente, de encontrarse en un estado de desorientación; es capaz de existir durante un tiempo sin ser reactor ante los estímulos del exterior ni persona activa dotada de capacidad para dirigir su interés y sus movimientos”, es decir es capaz de encontrarse con su propia capacidad de actuar y pensar. (Winnicott, 1958 b, p.6)

Concluimos entonces, que la construcción gradual de un pensamiento autónomo en el bebé, sólo será posible junto a otro ser humano significativo que acompañe en forma sostenida ese proceso, adaptándose a sus necesidades y permitiendo su crecimiento.

Sin embargo, establecido e interiorizado ese vínculo, consideramos que el acto mismo de pensar tendrá lugar “a solas”, en el espacio transicional definido por Winnicott, en el “entrelazamiento de la subjetividad y la observación objetiva”, en esos momentos de encuentro consigo mismo, donde el ser humano tiene la grandiosa posibilidad de sentirse real, pensar y crear libremente, y de esa forma “descubrirse a sí mismo” y experimentar el sentimiento de “estar vivo”.

7. BIBLIOGRAFÍA

- Bick, E. (1968). La Experiencia de la Piel en las Relaciones de Objeto Tempranas Publicado en el International Journal of Psychoanalysis, 1968, XLIX, 2-3. Recuperado en <http://www.asociacionbick.org/pdf/LaExperienciadelaPielenlasRelacionesdeObjetoTempranas.pdf>
- Bion, W. (1967). Volviendo a pensar. Hormé. Buenos Aires.
- Bion, W. (1974). Publicado en Libro Anual de Psicoanálisis XXIII-2008. Ed. G y G. Argentina.
- Brazelton, T., Cramer, B. (1990). La relación más temprana. Padres, bebés y el drama del apego inicial. Ed. Paidós. Barcelona.
- Calmels, D. (2001). Del sostén a la transgresión. Ed. Novedades educativas. Buenos Aires.
- Casas de Pereda, M. (2015). Revista uruguaya de psicoanálisis, No.120, junio 2015.
- Ciccone, A. (1997) "l'eclosion de la vie psychique". París. Érés. Capítulos traducidos por la Psic. Silvana Vignale.
- Fonnagy y Target, (1998). Jugando con la realidad II. Publicado en Libro Anual de Psicoanálisis XII-1996. Ed. G y G. Argentina. Ed. Escuta Ltda. San Pablo. Brasil.
- Fonnagy y Target. (2009). Jugando con la realidad IV. Publicado en Libro Anual de Psicoanálisis XXIII-2008. Ed. G y G. Argentina.
- Freud, S. (1979), Más allá del Principio de placer. Obras Completas, Vol. 18. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Guerra, V. (2001). El ritmo en la vida psíquica: entre pérdida y re-encuentro. Recuperado en: www.unesco.org.uy/.../PERDER,%20RE-ENCONTRAR
- Guerra, V. (2003). Fallas en la simbolización en relación a la estructuración psíquica. (El proceso de simbolización desde una perspectiva intersubjetiva). Trabajo publicado en: Revista Uruguaya de Psicoanálisis (pp. 57-96). Conferencia I.
- Guerra, V. (2014). Indicadores de intersubjetividad de 0-12m: del encuentro de miradas al placer de jugar juntos. Trabajo basado en el film del mismo nombre realizado con fondos del Comité Outreach de la I.P.A. Proyecto original de Victor Guerra. Realización Audiovisual: Maximiliano Guerra. 2014.
- Golse, B y Bursztejn, C. (1992). Pensar, hablar, representar. El emerger del lenguaje. Ed. Masson, citado en revista de la Asociación de Psiquiatría y Psicopatología de la Infancia y Adolescencia No.16-noviembre 2007 p.125
- Klaus, M. Kennell, J. (1978). La relación madre-hijo. Impacto de la separación o pérdida prematura en el desarrollo de la familia. Ed. Médica Panamericana. S.A. Buenos Aires.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. (2007). Diccionario de Psicoanálisis. Ed. Paidós. Buenos Aires.

- Larbán Vera, J. (2012). Vivir con el autismo, una experiencia relacional. Ed. Octaedro. Barcelona.
- Lebovici, S. (1988). El lactante, su madre y el psicoanalista. Las interacciones precoces. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Lecannelier, F. (2006). Apego e Intersubjetividad. Influencia de los vínculos tempranos en el desarrollo humano y la salud mental. Ed. LOM. Chile.
- Marcelli, D. (2001). La surprise: chatouille de l'âme. Ed. Albin Michel. París. Capítulos traducidos al español por biblioteca de Appia.
- Marcelli, D. (1992). Imitación+Representación=Identificación? Publicado en revista "Psicoanálisis con niños y adolescentes." No.2. Talleres gráficos EL LIBRO S.R.L. Buenos Aires.
- Mellier, D. (2015). "La función continentadora": un concepto para la práctica, tanto individual como grupal e institucional. "Teoría de las envolturas psíquicas, interjuego de cuidados y de psicopatología." Conferencias dictadas en el "Día internacional de bebé 2015", Montevideo, Uruguay.
- Montes, G. (1999), en Hendler, L, Kielmanowicz, R, Reingold, M, Rotman, M. (2012). Infancia & Compañía. La vida emocional del bebé y el niño. Ed. Lugar. Buenos Aires.
- Paín, S. Jarreau, G. (1995). Una psicoterapia por el arte. Ed. Nueva visión SAIC.
- Siegel, D. (2007). La mente en desarrollo. Ed. Desclee de Brouwer. Bilbao.
- Spitz, R. (1979). El primer año de vida. Fondo de la cultura económica. México.
- Stern, D. (1983). La primera relación madre-hijo. Ed. Morata S.A. Madrid.
- Stern, D. (1985). El mundo interpersonal del infante. Ed. Paidós, Barcelona.
- Stern, D. (1999). Diario de un bebé. Ed. Paidós. Buenos Aires.
- Winnicott, D. (1958 a). Escritos de pediatría. Ed. Laia. Barcelona.
- Winnicott, D. (1958 b). La capacidad para estar a solas. Recuperado en <http://www.tuanalista.com/Donald-Winnicott/8798/La-capacidad-para-estar-a-solas---1958.htm>
- Winnicott, D. (1959). El destino del objeto transicional. Recuperado en <http://www.tuanalista.com/Donald-Winnicott/8558/El-destino-del-objeto-transicional,-1959.htm>
- Winnicott, D. (1970). Vivir creativamente. Recuperado en <http://www.tuanalista.com/Donald-Winnicott/10168/Vivir-creativamente.htm>
- Winnicott, D. (1979). Realidad y juego. Graficas INSTAR. S.A. Barcelona.
- Winnicott, D. (1991). Los bebés y sus madres. Ed. Paidós. Buenos Aires.
- Winnicott, D. (1993). Exploraciones psicoanalíticas I. Ed. Paidós. Buenos Aires.